

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR,

D. ZACARIAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra; y reposó el día séptimo.
Y bendijo el día séptimo, y santificólo.

Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios.)

SERMON DE FLORES

SOBRE LA PROTECCION DE MARÍA.

(Continuacion.)

Tres pecados ha cometido el liberalismo, y cada uno de ellos ha sido y está siendo envenenada fuente de miserias y desventuras para nuestra pátria. Proscribiendo la soberania dulcísima y paternal de Jesucristo proclamó la soberania absoluta de la Nacion ó del Estado; y desterrando la sabiduria del Evangelio, y destruyendo todo el orden social cristiano proclamó la heregia de que la razon humana es la luz y la fuente de toda luz, con lo cual entronizó en las escuelas oficiales la soberania de la falsa ciencia; sacudiendo el yugo de la moral cristiana, y aboliendo la ley de Dios y los preceptos de la Iglesia proclamó la soberania de la vo-

luntad humana como fuente y norma de toda ley; tres soberanias anticristianas y antisociales, la soberania de la ciencia humana en contra de la soberania de Dios, sol eterno de la verdad y señor absoluto de las ciencias; la soberania de los poderes humanos, frente á frente de la infinita soberania de Jesucristo, Rey de los reyes y Señor de los que dominan; la soberania de la moral humana, ó de la voluntad individual ó colectiva de los hombres, frente á frente de la voluntad divina, norma soberana y santísima de todas las voluntades, regla inmutable de las acciones humanas, y fuente y modelo de toda justicia y de toda ley.

Y estas invenciones del orgullo, estas soberanías absurdas, impías y perturbadoras, estas rebeliones insensatas de los hom-

bres que rigen los destinos de la patria hánse convertido en humillaciones, en otras tantas plagas horribles que consumen su vida, y la han puesto en trance de muerte. Y por cuanto la sociedad moderna educada por maestros impíos y perversos aspiró á la felicidad sin contar para nada con Dios, ó pisoteando la ley de Dios; por cuanto repudiando las fuentes católicas se fué á buscar la prosperidad y los goces en las grandes orgías del sensualismo y del positivismo; por cuanto embriagada de orgullo pronunció *el yo sola me basto* de la impotencia llena de soberbia, hé aquí que la felicidad huyó de todas partes, y Dios, provocado por tantos excesos vació en sus entrañas la copa del dolor, de la amargura y de la muerte.

No podía dar otros frutos el árbol del liberalismo; árbol funesto, cuya vedada fruta ha comido nuestra nación para su desdicha y su deshonra. Fruto suyo es esa perversión horrible que reina en los entendimientos, y esa depravación moral que envilece las almas, y ese egoísmo desolador que endurece los corazones. Fruto suyo es esa inmoralidad pública que nos avergüenza, y esa descomposición social que nos aterra, y esos mortales des-

mayos, y esas llagas sangrientas que lleva en sus entrañas esta España infeliz, tremendo, pero justísimo y providencial castigo de sus insensatas rebeliones, de sus ofensas á Dios y á su Cristo, á la Iglesia y á su Madre y Señora, la siempre Virgen María. ¡Desdichada Nación! ¿Quién te ha fascinado para arrastrarte hasta la locura, hasta la insensatez de una rebelión absurda, criminal y desastrosa contra Dios y su Cristo, contra la Religión, ley fundamental de las naciones, y contra la Iglesia, madre y maestra de las sociedades? ¿Y no habrá remedio para tan graves dolencias?

Perdida está la sociedad moderna sino quema los ídolos que adora, sino sacude con santo coraje el abominable yugo del *liberalismo* que la degrada y envilece, sino vuelve contrita y humillada á los brazos de la Iglesia, su madre y su maestra; perdida está España, la perla del Catolicismo, la hija predilecta de María, la noble matrona, madre de sábios, de héroes y de mártires, perdida está la nación de los grandes destinos, sino cae de hinojos ante la Cruz y se abraza con ella; sino pide con lágrimas de penitencia perdón y salud á la Madre y Maestra del mundo que la engendró

de sus entrañas, y le dió la vida, la unidad nacional, leyes sábias, páginas de oro, siglos de grandeza y de gloria; perdida está nuestra pátria sino devuelve á Jesucristo el cetro de las inteligencias en la enseñanza pública, y el cetro de los corazones en la educacion de la juventud; perdida está nuestra sociedad sino restablece en toda su integridad la soberania del Evangelio en el pensamiento y en la conciencia, en la cabeza y en el corazon, en el centro y en la circunferencia, arriba y abajo y en todas las esferas de la vida social, porque está escrito, y esta Escritura se cumple siempre, firmada como está por la mano de Dios: Todo pueblo, nacion ó reino que se rebela contra el Señor, y no quiere servir á su Cristo, perecerá sin remedio, y no quedará en el piedra sobre piedra. Diez y nueve siglos van trascurridos desde que Jesucristo pronunció estas palabras que ninguna boca pronunció jamás: *Yo soy la verdad, el camino y la vida*, y los siglos dan testimonio de que, ni en el órden individual, ni en el órden social se ha logrado ningun bien, fuera de esa verdad, y de ese camino, y de esa vida que es Jesucristo, único Salvador de los hombres y de las naciones. Oídlo otra vez, y no lo olvidéis

para que penseis de corazon: Fuera de Jesucristo que es la verdad íntegra, toda la verdad, andamos en tinieblas; y aunque los regidores de la sociedad estuviesen animados de buenos deseos, buscarian en vano solucion salvadora para los formidables problemas que conmueven los fundamentos sociales, y siembran el espanto en los corazones amantes de la Religion y de la pátria. Fuera de Jesucristo que es la fuerza, no hallareis en los hombres y en sus teorías otra cosa que desconcierto, atonia, pasiones miserables, egoismo desolador, y mortales desmayos; fuera de Jesucristo que es la vida de las almas y de las sociedades no esperéis otra cosa que la tiranía de la impiedad, la dictadura del absurdo, el predominio de la soberbia, el entronizamiento de los malvados, y de las nulidades, y como consecuencia inevitable el reinado insolente de la fuerza bruta, fruto natural del *Liberalismo* que nos conduce á un paganismo hediondo, despiadado y salvaje.

Z. M.

(Se Continuará.)



VARIEDADES.

RECUERDOS DE UN ALSACIANO.

LOS VECINOS DEL LAGO.

Si sois aficionado á la caza de anades y patos salvajes, en las mañanas de invierno, debéis conocer el lago de *Longemer*, que está allá arriba en medio de los picos de Honeck.

¡Qué hermosas cacerías hemos hecho allí, en otro tiempo!

Esto, por supuesto, cuando mi amigo Jonathán no era de la partida; porque si figuraba en ella, había que perder la esperanza de llevar á nuestras casas una sola pluma.

Cuando se le antojaba cazar, siempre quería venir conmigo: y todos los días se repetía la misma escena.

Estábamos los dos acurrucados, en el fondo de la casilla, sobre un buen manto de paja mirando ansiosamente por las troneras; y soplando también de tiempo en tiempo nuestras manos; porque los frios son terribles á aquellas alturas.

De pronto, cuando el día comenzaba á apuntar.... ¡Chist!... uno, dos, tres... seis!... ¡Dios sabe cuántos patos!... Los veíamos allí, á poco más de medio tiro de distancia, corretear por la arena, lanzarse al agua, agitando las alas, zambullirse para cojer los pececillos ó los insectos....

Yo sacaba sin ruido el cañon de mi fusil, por la tronera mas próxima, y decia en voz baja á Jonathán:

—¡Atencion, Jonathán! y á un tiempo yo daré la voz.

—¡Espera! ¡espera Matias! me contes-

taba, alargando desmesuradamente la cabeza, con su pescuezo escuálido, la nariz afilada, y los ojos que brillaban como los de un gato.

Y extendía su mano huesosa para cojer mi fusil.

—¡Mira! añadía luego; allí vienen por lo menos, cincuenta patos para cada uno!...

Miraba, y, en efecto, sobre el fondo gris oscuro del cielo se veía, siguiendo la direccion indicada por su mano, una larga línea negra, que avanzaba rápidamente ácia nosotros. Era una gran banda de patos!...

Bajaban, unos tras otros al lago, cuyas ondas se agitaban, como si pasara sobre ellas una ráfaga impetuosa; apuntábamos tres ó cuatro veces, al grupo mas compacto... pero Jonathán no acababa de resolverse á tirar, esperando siempre llegaran muchos mas. Tan grande era su ambicion, desde que oyó que Hulin el almadiero, habia muerto no sé cuántos de un solo disparo!

En esto, nunca dejaba de hacer algun movimiento extraordinario con los brazos, y burrr... todos los Patos volaban de pronto, para no volver jamás!...

Habia para perder la paciencia, y algunas veces la cólera llegó á dominarme; pero, como enfadarse con Jonathán?... Era tan inofensivo y tan original, que tenia uno que dejarlo, á pesar de todas sus impertinencias.

En una de esas expediciones fué cuando conocí á Edith, que vivia con su abuela, la madre Gretchen como todos la llamaban, en una pobre casita en las orillas del lago.

Cuando la ví por primera vez lo confieso, y en muchas ocasiones lo he dicho delante de mi buena Ursula, que sabe muy bien no he querido nunca á otra mujer mas que á ella en este mundo; sí confieso que me impresionó vivamente.

Los enamorados hablan siempre de cabellos de ébano ó de oro, lábios de coral, dientes de marfil... en fin, ya sabeis. Pues bien, os aseguro que todo eso, y mucho mas aun, podia sin mentir decirse de Edith... y luego, tan alegre, tan cariñosa con su abuela, tan buenal...

Despues, cuando supe que debia casarse con Christian, el hijo del rico Samuel, pensé que hacia mal en mirarla con tanta atencion; y, poco á poco; me fui curando. Pero, á la verdad, siempre me he acordado de ella con placer.

No sé si por esto, fuí entonces á cazar muchas veces al lago; así que pasaron casi á mis ojos, los hechos que voy á referiros.

La granja de Samuel estaba frente á la cabaña de Edith, al otro lado del lago, al pié mismo de las montañas cubiertas de bosques, que lo rodean por la parte del Oeste.

Cuantas veces he entrado un momento en ella, á beber un pequeño vaso de *hirchenwaser*, y esperar á Niklaue, el batedero, que nunca tenia prisa para nada. Lo llamábamos dando grandes voces; se levantaba perezosamente al oírnos del fondo del bote, y extendia los brazos dando un bostezo, que parecia no iba á acabar nunca: luego desataba la amarra, cojía los remos.... Pero aún quedaba tiempo para fumar una pipa, recorrer las plantaciones de lúpulo, ó visitar las col-

menas que estaban á la derecha de la casa, debajo de un cobertizo de paja de centeno; y aún para oír las relaciones interminables de Samuel que habia sido soldado en tiempo de Lafayette, y siempre tenia alguna larga historia que contar.

Edith y Christian se conocian desde niños. Todos los dias, durante el buen tiempo, llevaba Christian las vacas á paecer á las orillas del lago, que es muy estrecho, como habréis advertido, por aquella parte; y en cuanto divisaba á la pequeña Edith, se ponía de pie sobre una roca, y comenzaba á agitar su sombrero y su cayado, haciendo mil demostraciones de contento.

—¡Ohé! ¡ohé! gritaba. Mira el ternero de la Blanca... ¿No es muy lindo?... ¡Eal! ¡eal!... como salta!... Y mil cosas por el estilo.

Cuando se acercaban las férias, jamás dejaba de decirle:

—¿Irás á Geradmer el dia del gran mercado?... Mi madre me ha prometido comprarnos dulces y tortas!., Y, ademas!... pero no te lo quiero decir aún!... Es una cosa muy bonita... Ya te la enseñaré despues..

Y que felicidad, cuando llegaba la primavera, y una mañana podia Christian decir á Edith, formando una bocina con las manos para hacerse oír mejor:

—Tengo un nido Edith!..

—¿Dónde? preguntaba ésta, cuyos ojos brillaban de alegría, interrumpiéndole.

—En el cerezo que hay, detras del cobertizo del henol... Son los pinzones que anidaron tambien el año último: te acuerdas?..

—Sí, sí! que dicha!... El domingo lo

veré, cuando pase á misa con mi abuela... Ah! si fuera ya mañana domingo!... Pero no lo toques, Christian, te lo suplico, no lo toques!...

Y cuando Christian se adelantaba, hasta el borde mismo del lago, y se ponía á tocar en el caramillo, los aires que le enseñaba el viejo trompeta Zehner, el que perdió una pierna en la batalla de Jemmapes, y habreis conocido sin duda, yendo de pueblo en pueblo, durante las fiestas con su flauta de madera de *merisier!*..

¡Oh! que sorpresa la de la pequeña Edith, el primer día que la oyó las notas dulces y penetrantes del caramillo, que los ecos de las montañas le enviaban como si bajaran de lo alto! Por un momento quedó como suspensa. ¿Qué pájaro podía ser el que cantaba de aquella manera? No, jamás habia oído en sus correrías por los bosques, un canto semejante. Luego se levantó de puntillas, y se puso á atisvar entre las ramas de los árboles, volviendo en todas direcciones su linda cabecita, con el rostro encendido y la mirada brillante... hasta que Christian salió de su escondite, riendo con tanto gusto que sus risas se oían de la otra orilla del lago.

Desde entonces, no, no era fácil que Christian olvidase uno tan solo de sus aires favoritos; porque cuantas veces le sucedía, Edith le gritaba á seguida, desde el otro lado, haciendo un gracioso mohín de impaciencia:

—Vainos! Christian, vamos! Ahora aquél otro tan lindo!... Eh! no lo recuerdas?... Vamos!....

Y así todo el año. Ah! que hermosa es a vida en esa edad, Dios miol

Después, cuando fueron creciendo, jamás pasó Edith á misa, ó en los días de mercado, sin que Christian la esperase en el desembarcadero, y le llevara algunas flores de las que cultivaba para ella, en el rincón más abrigado de la huerta que hay á espaldas de la granja: y aún, muchas veces, iba el mismo, con su perro favorito *Lotto* á llevarselas en la barca de Niklaue. En tales casos los jóvenes encuentran fácilmente pretextos para todo.

Y cuando, después de las vísperas, la madre Gretchen entraba un instante en la granja, á saludar á Brigida, la mujer de Samuel, ó se reunían los jóvenes á bailar un rato al pie del vetusto álamo blanco frente á la iglesia; Christian acompañaba siempre á Edith, sin permitir que otro la eligiera para ser su pareja en una sola contradanza. Lo cual, aunque parezca extraño, no incomodaba nunca á Edith.

Ya imaginareis que todo esto no habia pasado inadvertido, á los ojos de la buena madre Gretchen, ni á los de los padres de Christian. Así que Samuel, que los días de fiesta, cuando estaba cómodamente sentado en el banco que hay junto á la puerta, luciendo su mejor traje, con la pipa en la boca y el jarro de cerveza, sobre una mesita, al alcance de la mano, recobraba todo el buen humor de sus mejores años, le decia:

—Y bien, madre Gretchen, ya lo veis; los muchachos se quieren. Christian está hecho un hombre, y en cuanto á vuestra pequeña Edith, yo que he recorrido el mundo, os aseguro podeis estar orgullosa de ella..... ¿Será preciso pensemos en casarlos: que os parece?....

Y bebía un sorbo de cerveza, entornando los ojos con delicia para saborearla mejor.

—Sí; en verdad, contestaba la abuela; decís bien Samuel; pero!....

—Eh!.... la quinta no es así?... Bah! no os de pena: yo también he sido soldado, como sabéis, y en tiempos que no valían más que estos, á fé de Samuel. Y, á pesar de todo, he vuelto sin dejar por allá abajo, ni un dedo del pié. Brigida me esperaba, como esperará Edith á Christian, si fuera preciso. Oh! la conozco muy bien, y sé que no es de las que dicen al que se vá: «Sí Juan, Jerónimo ó Remigio... yo no me casaré sino contigo!...» para aceptar al día siguiente al primero que se presenta:

—Así es...

—Ciertol Pero no tendrá que esperar, ya lo vereis. Ahora nadie piensa en guerra: el Emperador tiene bastante que hacer con sus príncipes y sus duques, para ocuparse de otras cosas...

—Si Dios quisiera oiros!...

Samuel juraba que así sucedería infaliblemente, y bajo la risueña impresión de tan alegres pronósticos, se exaltaba más y más, las pipas se sucedían unas á otras, el jarro de cerveza quedaba pronto vacío, refería sus campañas, esplanaba todos sus proyectos, hablando de la boda de Christian y Edith como si hubiera de celebrarse á la mañana siguiente, y maldecía de paso con toda su alma á Zulpik el buhonero...

Más, ahora me acuerdo que no es he hablado todavía de Zulpik...

Es verdad que su memoria me es siempre muy desagradable, y estoy se-

guro de que si lo hubiérais conocido os pasaría lo que á mí. Pero eso no importa, y no sé como no se me ha ocurrido hablaros antes de él.

Jamás he visto una cara que me causara más repulsión que la suya: y lo es que las facciones fueran en rigor deformes: es que aquellos ojos pequeños y hundidos, aquellos pámulos salientes y rojos, aquellos lábios abultados, aquellas miradas oblicuas y aquella sonrisa hipócrita, nada bueno prometían... Y lo peor es que los hechos acreditaban muy de sobra, las promesas de su cara!...

Cuando lo conocí era buhonero, ó al menos se hacía pasar por tal; aunque, en realidad, apenas se le veía, alguna que otra vez, con las cajas ó el fardo á la espalda, como un buhonero honrado. Malas lenguas le atribuían una porción de profesiones de esas que solo se confiesan por fuerza, cuando se está entre gendarmes, delante del comisario de policía. Yo no me atreveré á darles la razón; pero lo que hay de cierto es que cuando aparecía por alguna comarca, siempre ocurrían en ella cosas que daban que hacer á los tribunales; si bien nunca pudo probarsele que hubiera tenido parte en semejantes asuntos: esta es la verdad.

De todos modos, los habitantes de las montañas lo detestaban unánimemente; porque Zulpik era usurero como un judío, y cuantos acudían á él en sus apuros, quedaban al fin arruinados para siempre.

Algo de esto había sucedido á la madre Gretchen que aún le era deudora de una pequeña suma, que Zulpik le prestó durante la enfermedad de su hijo, el padre

de Edith. Samuel había intentado diferentes veces arreglar el asunto con aquel, sin poderlo conseguir nunca, á causa de sus exigencias: por eso cuando se acordaba de ello, por cualquier motivo, lo cual le ocurría con frecuencia, se desataba siempre en maldiciones contra Zulpik; y aquella tarde, la memoria del buhonero oscureció por un momento, el alegre cuadro de sus risueños proyectos. El mal humor duró, sin embargo, muy poco; y pronto volvió á entregarse, con nuevo ardor, á sus ensueños favoritos, hasta muy entrada la noche.

Las cosas no debían pasar, por desgracia, tal como Samuel las había imaginado.

Poco tiempo después, el emperador declaraba la guerra á Rusia, y pedía á la Francia cuatrocientos mil hombres, y no sé cuantos millones de francos. Se trataba únicamente de hacer entrar en razón al Czar; luego vendría la paz, y libre ya de sus enemigos, podría consagrarse á hacer la felicidad de todos.... Lo de siempre.

—Si la guerra, la guerra! decía Samuel, moviendo la cabeza mal humorado. Cuando se vá á ella cómodamente, en carroza ó á caballo, para mandar al fuego á los demás, y ser después recibido con arcos de triunfo, y oír bellas arengas, y tener grandes comidas... pase. Pero, cuando ha de caminar uno á pié, días y días, con lluvias y frios, y dormir sobre la nieve, sin otro abrigo que el fusil, y dar y recibir sablazos ó lanzadas... para volver al fin con una pierna de menos, como el viejo Zæhner; la cosa es muy diferente.

—Ya veis, decía entonces la madre Gretchen, como...

—Eh! quien sabe: exclamaba Samuel, sin dejarla terminar. Aun está por ver, eso de que Christian vista el uniforme. Si; quien sabe si tendrá algún defecto, de esos que valen mas que una gran cruz en tales ocasiones? Acaso no he visto yo desechar al hijo de Bernardo el colmenero, porque los médicos dijeron que sus ojos no eran del mismo color?

El día del sorteo llegó por último, y yo fui con Samuel y Christian á Geradmer

Entramos en una gran sala, del piso bajo de la casa del Ayuntamiento, que estaba llena de gente. Al Emperador le gustaba obrar con rapidez, así que las cosas iban allí muy de prisa. Pronto tuvo Christian un número, tan desgraciado, poco mas ó menos, como el de los demás; porque como hacían falta muchos soldados, todos ponían el fusil en la mano; y hubo de pasar al reconocimiento, en que el buen Samuel fundaba sus últimas esperanzas.

H. GRIM.

(Se Concluirá)

